

PRIMERA PARTE  
ESTADO-NACIÓN:  
ESTATISMO Y NACIONALISMO

«El Estado, con leyes y regulaciones más numerosas que los pelos de un buey, es más temible que los tigres feroces».

LAO-TSE

«La voluntad individual y el Estado son potencias enemigas entre las que es imposible una paz eterna».

MAX STIRNER

«Internet desencadenará la extinción del Estado-nación tal como lo conocemos».

WILLIAM GIBSON



# 1.

## EL CÁRTEL DE LOS DOSCIENTOS

El Estado es una *macroinstitución* de gobernanza política, un complejo entramado de entes administrativos que ejerce el máximo nivel de poder en un territorio definido. Su magnitud, su coste y su poder se encuentran habitualmente en crecimiento constante —más lento o más rápido según el caso— a expensas de la sociedad, llegando en ocasiones a asfixiarla. Esto se debe a que el Estado «cobra vida» impulsado por los incentivos espurios de innumerables personas, que configuran la fortísima coalición de intereses que lo sostiene. Como escribió el economista francés Frédéric Bastiat, «el Estado es la gran ficción mediante la cual todo el mundo intenta vivir a costa de todos los demás».<sup>1</sup> Muchos son quienes lo sostienen esperando algún futuro beneficio, el cual unas veces se concretará y otras no, o lo hará en una medida menor que la esperada; pero hay una élite extractiva, la transpartita clase dirigente estatal, que vive exclusivamente —y, por lo general, bastante bien— de acrecentar el Estado hasta reventar las costuras de sus límites teóricos. En palabras de Murray Rothbard, «si el Estado dispone de un poder sin restricciones, sus dirigentes tenderán a aumentar hasta el máximo posible su propio poder y su riqueza y a expandirlos, por tanto, más allá de los supuestos límites».<sup>2</sup> Es razonable considerar, entonces, que el gobierno limitado es una quimera en un mundo

---

<sup>1</sup> BASTIAT, Frédéric: *L'État. Maudît argent* (1849), Guillaumin et Compagnie, París.

<sup>2</sup> ROTHBARD, Murray: *La ética de la Libertad* (1982) [Trad. en esp.: *La ética de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1995. ISBN: 978-84-720929-4-5.].

de Estados extensos y populosos, pues esas restricciones de las que habla Rothbard estarán muy escasamente presentes, y los Estados difícilmente serán controlables por sus ciudadanos, por más que se desarrolle un sofisticado teatro político.

Además del monopolio sobre la imposición de las principales leyes y normas, sobre la administración de Justicia y sobre el uso lícito de la fuerza en el territorio que controla —conforme a la conocida definición de Max Weber<sup>3</sup>—; y junto a todas las demás características comúnmente reconocidas a los Estados,<sup>4</sup> es relevante al propósito de este libro señalar especialmente que el Estado se arroga la competencia de ser el interlocutor único de los demás Estados, los cuales sólo excepcionalmente y con su permiso pueden entrar en cualquier tipo de tratos con sus súbditos individuales, con las empresas de éstos o —especialmente— con sus entes políticos subestatales. Es decir, el Estado es, o intenta seguir siendo, un *nodo de paso*, un punto de peaje, en la relación de cualquiera de nosotros, y de cualquiera de nuestras agrupaciones voluntarias, con los Estados extranjeros y, en realidad, con cuantas personas o entidades se encuentren más allá de las fronteras del nuestro; y se cree con derecho a ejercer, ya sea exhaustiva u ocasionalmente, algún nivel de control sobre esa relación. Es cierto que, en palabras de Pascal Boniface, «el Estado ha perdido el monopolio de la acción internacional»,<sup>5</sup> pero obviamente se resiste a esa pérdida.

---

<sup>3</sup> WEBER, Max: *Politics as a Vocation* (1918). Edición de Isha Books (2013). ISBN: 978-9333189392.

<sup>4</sup> Añade Rothbard una característica inocultable de todo Estado, sobre la que vale la pena reflexionar: «el Estado es, en la sociedad, la única organización que obtiene sus ingresos, no por aportación voluntaria ni por el pago de servicios prestados, sino mediante coerción». ROTHBARD, Murray: *Anatomy of the State* (1974). Edición de Important Books (2013). ISBN: 978-8087888438.

<sup>5</sup> BONIFACE, Pascal: *La géopolitique* (2011), Eyrolles. ISBN: 978-2-212-56673-4.

Salvo en algunos casos de alta complejidad étnica, el Estado suele autopercebirse y presentarse ante el mundo como la expresión política de una única y determinada nación, exhibida como elemento legitimador de su existencia. Así, el Estado generalmente afirma ser un *Estado-nación*, y como tal se proyecta ante su población y ante la llamada «comunidad internacional», que es el nombre pomposo que se da a sí mismo el conjunto de los Estados.<sup>6</sup>

A mediados de 2018, hay en nuestro planeta ciento noventa y tres Estados miembros de la Organización de las Naciones Unidas<sup>7</sup> además de un puñado heterogéneo de Estados no miembros y/o no reconocidos pero con control efectivo sobre sus territorios y sobre quienes los habitan. Hay, además, algo menos de una veintena de «territorios no autogobernados», es decir, las últimas colonias que quedan en el mundo, dotadas en general, y pese a su nombre, de un amplio autogobierno, cuando no de acuerdos que, *de iure* o *de facto*, constituyen libre asociación. Para simplificar, diremos que la Tierra está dividida en unos doscientos Estados.

Los ciento cincuenta millones de kilómetros cuadrados de tierra firme de nuestro planeta pertenecen a uno de esos dos centenares de Estados, y los más de siete mil millones de individuos humanos pertenecemos también —cabría añadir que en el pleno sentido del verbo, por desgracia— a uno u otro de esos Estados. Incluso la Antártida, que formalmente no es territorio de ningún Estado, está exenta de servir para la creación de Estados nuevos y se ve sometida al rígido control de un puñado de Estados en virtud de los tratados internacionales sobre ese continente. El resultado de todo esto es que ya no queda, en

---

<sup>6</sup> A lo largo del libro manejaremos entrecomillado este término.

<sup>7</sup> ONU: Estados miembros (página web consultada en septiembre de 2018). URL: <<http://www.un.org/es/member-states/index.html>>.

las tierras emergidas, ni un centímetro cuadrado que no sea, bien parte del territorio propio de un Estado, bien parte de un territorio dependiente de un Estado, o bien parte de un territorio que se encuentre, o en litigio entre dos o más Estados o sometido a los acuerdos antárticos. Es decir, ya no queda tierra sin Estado. Tal vez la única excepción, aunque de muy débil efectividad, sería la de los enclaves oficialmente abandonados por Serbia en la orilla opuesta del Danubio.<sup>8</sup> Y tampoco quedan apenas seres humanos ajenos a la autoridad de un Estado, si descontamos a los habitantes de la isla Sentinel septentrional y a los demás grupos aborígenes no contactados, en unas pocas zonas de Sudamérica y de la isla de Nueva Guinea.

Tras la Segunda Guerra Mundial se instituyó un Derecho internacional basado en los Estados como sujetos únicos del mismo, y se los presumió «nacionales». El nombre de la ONU invoca esa presunción, pero en realidad se trata de la hermética asociación de los Estados. Si la ONU fuera de verdad una organización de naciones tendría necesariamente varios cientos o incluso miles de miembros. Como veremos más adelante, la nación política es una entequeia que los Estados moldean según el interés de cada uno y esgrimen como elemento principal de su legitimación.

La objeción libertaria a la actual «comunidad internacional» es evidente. ¿Sólo doscientos Estados para esa inabarcable extensión y para esa población inmensa? ¿Tiene sentido un Estado con decenas o cientos de millones de súbditos?<sup>9</sup> Esa concentración, ¿no hace prácticamente omnipotentes a los Estados? Y además, si los Estados se pretenden «nacionales»,

---

<sup>8</sup> En uno de ellos se intenta establecer la República Libre de Liberlandia, de inspiración libertaria, que trataremos en la cuarta parte.

<sup>9</sup> Incluso hay dos Estados, India y China, con más de mil millones de habitantes cada uno.

¿de verdad hay, en toda la humanidad, apenas dos centenares de comunidades etnoculturales merecedoras de ser tenidas por «naciones» y a las que corresponda por lo tanto —según esa lógica—, dotarse de Estado? ¿O lo que sucede es, en realidad, que la nación sentida por cada una de las élites capitalinas hegemónicas se ha impuesto sobre las demás existentes en el territorio que controla, y ha logrado definir a su criterio el Estado-nación que exhibe ante el mundo?

Es obvio que estamos ante un cártel, el *cártel de los doscientos*. Ingresar en el club de Estados es en la actualidad una empresa heroica, prácticamente imposible, porque los que ya están dentro son en extremo cicateros a la hora de admitir a cualquier nuevo socio. Sólo a regañadientes y como última salida se va aceptando la aparición de nuevos Estados, a veces con un alto coste previo en vidas humanas. A todos los Estados les conviene la antinatural cristalización definitiva de los ya existentes, así como evitar a cualquier precio que los individuos puedan organizarse para llevar a cabo, libremente y sin sangre de por medio, procesos de readscripción de los territorios que habitan. Y sin embargo, a pesar de la resistencia de los Estados, sólo desde 1990 se han celebrado en el mundo unos doscientos cincuenta plebiscitos de autodeterminación,<sup>10</sup> lo que da una idea de hasta qué punto los Estados actuales están sometidos a una importante contestación ciudadana. Esa cifra tan abultada contrasta con la escasa cantidad de absorciones o fusiones voluntarias y exitosas entre Estados, que prácticamente se reduce, en las últimas décadas, a las de Alemania y Yemen, ambas en 1990, habiendo fracasado la de Senegambia (Senegal y El Gambia), que apenas duró de 1982 a 1989 o la

---

<sup>10</sup> GERMANN, Micha y MÉNDEZ, Fernando: «Catalonia is just the most recent referendum on sovereignty. Why are they proliferating?», reportaje publicado por el diario *The Washington Post* el 27 de marzo de 2018.

República Árabe Unida (Egipto y Siria), cuya existencia fue aún menor: 1958 a 1961.

Se nos insta con frecuencia a aceptar el mito del consentimiento de los gobernados como legitimación de los gobernantes. Pero entonces, obviamente, el consentimiento es retirable, o no sería tal consentimiento. Pues bien, si unos cuantos ciudadanos niegan su consentimiento al Estado en su conjunto, probablemente son ellos los que tienen un problema; pero si millones de personas le retiran ese consentimiento, no a unos gobernantes concretos sino al Estado como tal, entonces es el Estado quien tiene un problema, máxime si esos ciudadanos están concentrados en una zona determinada. A partir de ese punto, ese Estado podrá reaccionar de diversas maneras ante esa denegación masiva de consentimiento. Cabría esperar que los Estados de las zonas más ilustradas, desarrolladas y pacíficas, reaccionaran de una manera respetuosa y encauzaran el diferendo civilizadamente. No hacerlo parece propio de épocas superadas, pero seguimos asistiendo al deplorable espectáculo de la violencia estatal ante procesos de autodeterminación pacíficos. Es más, cuando un proceso de autodeterminación logra imponerse militarmente, sí obtiene entonces, a veces, el premio del reconocimiento internacional, pero se castiga en cambio con el no reconocimiento a cuantos persiguen pacíficamente el mismo objetivo. Así, la «comunidad internacional», lejos de promover la paz, alienta el recurso a las secesiones violentas.

En este sentido, el politólogo Ryan McMaken, editor del *Mises Institute*, critica que «como los Estados modernos no paran de hablar de democracia, les resulta cada vez más difícil descartar los referendos de soberanía sin mostrarse hipócritas».<sup>11</sup> Esta actitud beligerante de los Estados contra cualquiera que

---

<sup>11</sup> MCMAKEN, Ryan: «Secession Is Going Mainstream», artículo publicado en el portal *Mises.org* el 29 de marzo de 2018.



pretenda la pacífica secesión de un territorio, incluso contando con el apoyo mayoritario de la población afectada, es quizá la prueba más directa de que el estándar de gobernanza basado en la democracia convencional que hemos heredado de los siglos XIX y XX es hoy, en palabras de Hoppe, «un dios fallido».<sup>12</sup> Cuando un individuo o un conjunto de individuos siente la opresión de un Estado y la cree injusta, poco le importa que responda a un régimen tiránico o haya sido refrendada en las urnas por una mayoría de la que no se siente partícipe.

Incluso un foro tan *mainstream* —y tan poco sospechoso de veleidades libertarias— como es el Club de Roma, señaló<sup>13</sup> ya en 1992 que «(...) el actual sistema político está basado de manera rígida en el modelo de Estado-nación», para sostener a continuación que «hace falta una reformulación» a fin de acercar la toma de decisiones a las personas. Es obvio que la concentración del poder en pocos Estados impide ese acercamiento. Si, como señala con tanto acierto precisamente un jefe de Estado, el de Liechtenstein, hemos de entender los Estados actuales como meras empresas de servicios,<sup>14</sup> parece evidente que el oligopolio del «sector Estados» ya es insostenible, y que urge su liberalización.

---

<sup>12</sup> HOPPE, Hans-Hermann: *Democracy - The God That Failed* (2001), Routledge. ISBN: 978-0765808684.

<sup>13</sup> KING, Alexander y SCHNEIDER, Bertrand: *La primera revolución global. Informe del Consejo al Club de Roma*, Círculo de Lectores (1992). ASIN: B00I3P40T6.

<sup>14</sup> LIECHTENSTEIN, Hans-Adam II of: *The State in the Third Millennium*, I.B. Tauris (2009). ISBN: 978-39-058810-4-2.